





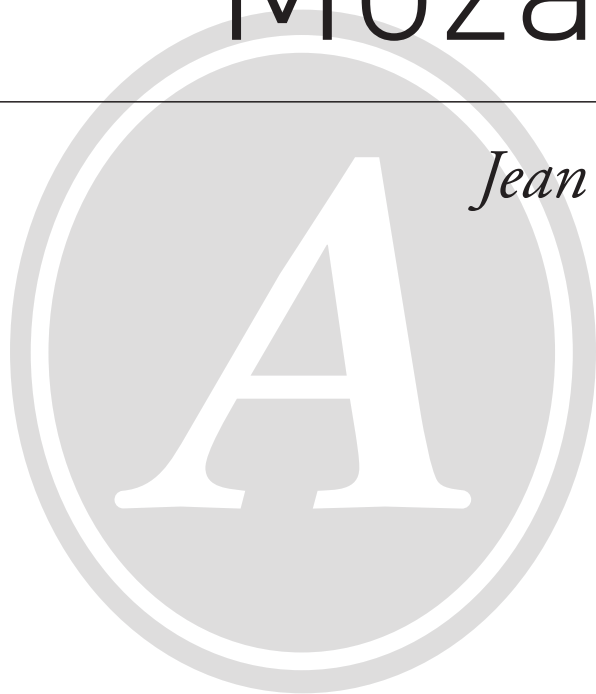
Wolfgang Amadeus
Mozart





Wolfgang Amadeus Mozart

Jean Blot



Blot, Jean

Wolfgang Amadeus Mozart. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.

272 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot

ISBN 978-950-02-0846-8

1. Mozart Wolfgang, Amadeus, Biografía. I. Kot, Silvia, trad. II. Título
CDD 927

Wolfgang Amadeus Mozart

Jean Blot

Título original: *Mozart*

© Éditions Gallimard 2008

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: abril de 2015

ISBN 978-950-02-0846-8

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en abril de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

1. En el origen	11
2. El niño prodigio	31
3. <i>Il cavaliere filarmonico</i>	51
4. Cherubino <i>alla gloria</i>	73
5. La apología del hijo	113
6. <i>Viva la libertà</i>	123
7. Hermano.	147
8. El precio de la libertad.	169
9. Óperas	181
10. Eros contra Ágape	199
11. Más Allá	223
Cronología.	265



“Querida, tocar Mozart es muy sencillo. ¿Has sostenido alguna vez un pájaro en tu mano? ¿Has escuchado latir su corazón? Así hay que tocar Mozart”.

Alfred Cortot a su alumna, una amiga



A



1

En el origen

Una vida es un enigma. Y debe mantenerse así. No se puede resolver. Solo podemos acercarnos a ella. En este caso, nace en un lugar: Salzburgo; en una fecha: el 27 de enero de 1756; en una familia: la de los Mozart.

El lugar era austríaco después del Congreso de Viena. La historia de Salzburgo se remonta a los romanos, a la *colonia*, comunidad agrícola, que fundaron allí y llamaron Juvavum, a orillas del río hoy denominado Salzach. Gracias a sus riquezas mineras, a la sal que figura en su nombre, la colonia prosperó, pero esa prosperidad despertó la codicia de los godos, que la saquearon, y de los hunos, que bajo el mando de Odoacre, yerno de Atila, la destruyeron en el año 476. La civilización solo volvería a las orillas del Salzach tres siglos más tarde, cuando Teodón de Baviera le donó sus ruinas a Ruperto, obispo de Worms, que fundó un monasterio y evangelizó a la población. Salzburgo fue la obra de un cristianismo militante, conquistador, que empujó al espíritu bárbaro hacia las montañas y los bosques: Carlomagno la consagró en 803 elevándola al rango de arzobispado. Cuatro siglos más tarde, en 1278, Rodolfo de Habsburgo nombró al arzobispo príncipe soberano del Imperio.

La ciudad medieval cambiaría de espíritu y de rostro en el siglo XVI, y en particular bajo el reinado del arzobispo Wolf Dietrich von Raitenau, emparentado con los Médicis, y que, en su afán de competir con ellos, decidió transformar su principado, ubicado en

los confines de los Alpes, en una segunda Roma e imponerle un rostro o una máscara italiana a su vieja ciudad germánica. El incendio que destruyó la venerable iglesia gótica le permitió construir la catedral de San Ruperto, en la que sería bautizado Wolfgang Amadeus, y que por su majestad, sus vastas dimensiones, sus proporciones y su mármol, es reconocida como la obra maestra del arte italiano del norte de los Alpes. Wolf Dietrich mandó despejar la plaza para plantar allí el decorado a la vez ingenuo y refinado, de pudorosos colores, rico en hallazgos de arquitectos y escultores, que descubriría Wolfgang y que aún hoy admiran quienes lo visitan. Un siglo más tarde, para completar el paisaje de la ciudad con las formas y el espíritu de un barroco que era su especialidad, otro arzobispo, Johann Ernst, convocó a Salzburgo al más famoso escultor y arquitecto austríaco de la época: Fischer von Erlag. Este artista fue el autor de la iglesia de la Trinidad y de la Kollegienkirche: su estilo italianizante y su virtuosismo, con igual respeto por los materiales y por el dogma católico que ellos debían ilustrar, parece estar más vinculada a las formas musicales que a las visuales. Dos siglos más tarde, desde la cocina de la casa familiar de la Getreidegasse, el pequeño Mozart podía divisar la enorme y armoniosa cúpula de la Kollegienkirche sobre el fondo de montañas, con sus ángeles en la cornisa, que no parecían subir al cielo sino descender de él. En su adolescencia y durante todo el tiempo que pasó en el Marktplatz, no podía salir de su casa sin saludar a su derecha a la iglesia de la Trinidad que, con su cúpula gris entre las dos torres blancas, parecía construida como una sonata en tres movimientos y conservaba, en silencio, la gracia y la sencillez del minué.

De vuelta en el siglo XVI y en cuanto al gobierno arzobispal, no parece haber sido más suave ni más misericordioso que otro, y provocó conflictos entre el pueblo y la nobleza hasta terminar

en 1525 en una verdadera guerra civil, llamada “guerra de los campesinos”. La relación con el papado y con Roma fue siempre muy estrecha. Sometida al arzobispo y, por su intermedio, a la jerarquía católica, Salzburgo se convirtió, en medio de la tormenta provocada por las Guerras de Religión, en campeona de la Contrarreforma. Casi veinticinco años antes del nacimiento de Mozart, en 1732, el arzobispo von Firmian expulsó o forzó al exilio a casi treinta mil protestantes. Aunque el principado había logrado mantenerse al margen de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), se vio involucrado en la Guerra de Sucesión (1742-1743) y más aún en la de los Siete Años, que comenzó en el año del nacimiento de Mozart: 1756. Sus consecuencias fueron una hambruna y una fuerte baja de la población: un censo realizado en 1771 reveló que el quince por ciento de los habitantes necesitaba asistencia social y que la ciudad de Salzburgo contaba con apenas dieciséis mil habitantes.

En Salzburgo, hasta las piedras parecían cantar, y la noble geometría de Roma se deshacía en música. En la montaña que dominaba la ciudad y su cementerio, parecían resonar las voces de los futuros personajes de las óperas de Mozart: el bajo del Comendador o el de Neptuno saliendo del río, y, en las cúpulas aéreas, entre los muros, el eco de Susanna bajo los castaños. Una Roma de los Alpes, pero en la cual la riqueza de las líneas hacía bailar a la geometría y aturdió al proyecto romano para ponerlo en música y transformar su renacimiento en una ópera. La ciudad medieval sobrevivió, pero vuelta hacia su interior, hacia sí misma. Tanto si se ocultaba entre las casas en pasajes cubiertos y secretos, como si se revelaba en calles estrechas, sombrías pero coronadas de sol, su diseño era melodía; su color, armonía; sus compases, los letreros colgados en las fachadas. La montaña estaba en todas partes, apoyando aquí y allá su pata enorme, y aun oculta, siempre presente. Se encontraba

a las puertas de Baviera. Pretendía estar en Italia. Se diría que estaba cerca, no detrás de la barrera de los Alpes, sino del otro lado de la montaña.

A cuatrocientos veinte metros de altura, el aire era fresco, recibía el sonido y lo transmitía como envuelto en sabiduría al oído del músico. El Salzach, pocas veces azul, casi siempre gris, pero refulgente y como atormentado cuando se fundía el hielo, perezoso e incluso dolido en el calor del verano, dividía a la ciudad en Kapuzinerberg en la orilla derecha y Munchsberg, en la izquierda. El niño Wolfgang seguramente iba allí para escuchar cantar al río y soñar. Si levantaba la vista, veía los bosques que subían por las laderas de las montañas hasta mil setecientos metros, luego los pastizales y por último los glaciares. Más allá, el cielo dominaba la ciudad y parecía venir del sur, y añorarlo. En todas partes, ante la mirada del niño, los Alpes desplegaban sus velos para ocultar a Italia y hacer creer o soñar que su voz y su canto, su mármol, sus acentos, sus vocalizaciones, estaban justo detrás del horizonte.

En su libro *Mozart*, publicado en 1945 y que sigue siendo una obra fundamental, Alfred Einstein recuerda que “siempre se ha comparado la música de Mozart con ese paisaje [...], y no hay nada más fácil que establecer una relación entre el aspecto melódico de la música de Mozart, su sentido de la forma, la armonía profunda y grave de sus obras y ese alegre decorado cuyo sombrío segundo plano aumenta aún más su gracia”. Sin embargo, como también lo señala Einstein, en la región o en las comarcas vecinas, muchos paisajes también se parecían a la música del salzburgués. Hay que recordar esto para no establecer relaciones demasiado fáciles entre lo visible y el oído. Si existen, son más complejas que una influencia directa o un reflejo, sobre todo en el caso de Mozart, de quien se ha dicho que no le interesaba demasiado el paisaje, ni

el suyo, ni el extranjero. No se encuentran menciones a paisajes en sus cartas, quizá porque para él, los ríos y las montañas, la Italia que visitaba o la que soñaba, se metamorfoseaban en su interior y se grababan, no en palabras, sino en sonidos; no en frases, sino en cantos o melodías. En las notas de la escala, los acordes de la armonía, las precarias construcciones del contrapunto, buscaba y encontraba su hermosa ciudad sonriente y sabia, acogedora, incluso afable, aunque con un fondo de severidad y crispada torpeza. Ella le decía a través de los sonidos y su encadenamiento lo que también le recordaba al visitante: que él era un niño y que, para entretenerlo, no temería transformarse en juguetes y golosinas, y hasta haría algunas muecas. Los campanarios callaban a veces, las grandes residencias mostraban proporciones que revelaban su riqueza, las calles jugaban como ladrones en la oscuridad y se paralizaban ante el primer rayo de sol. Quedaban restos de pan de jengibre en las piedras y un poco de azúcar en las esquinas de los techos. Volverían a aparecer en el galimatías *musicorum* en el que el niño dio sus primeros pasos.

Estaba el cementerio, situado en los límites de la ciudad, al pie de la montaña desnuda, y a su lado, había una taberna cuyas luces filtradas por el vidrio grueso parecían brasas de un fuego agonizante. Cuando alguien salía de allí con unas copas de más, le parecía que lo saludaban. Wolfgang aprovechaba el atajo que ofrecía el cementerio para acompañar hasta su casa a Michael Haydn, el desdichado hermano de Joseph, gran músico también él, pero un bebedor que se embriagaba rápidamente. Después de dejarlo en la puerta, del otro lado del cementerio, y en el camino de regreso, con poca sobriedad o mucha imaginación, quizá temiera que los extraños monumentos que se alzaban entre las tumbas, exhibiendo cascos y corazas, hicieran algunos movimientos y, en medio de la

noche y el silencio, menearan la cabeza o incluso tomaran la palabra, como seguramente lo hicieron una noche, cuando, un poco achispado, trataba de volver al Marktplatz. En esos casos, era mejor no contestarles.

No efectuaremos aquí un estudio de la historia del mundo alemán y su situación en el siglo XVIII, cuando nació Mozart. Basta recordar que la Guerra de los Treinta Años lo había devastado de tal modo que lo atrasó en una generación, tanto en el plano económico como en el de las ideas, con respecto a sus vecinos europeos Francia e Inglaterra. Como lo señala con precisión el crítico musical Timothée Picard, es tan falso hablar de Alemania como hablar de Austria cuando se quiere calificar la entidad geográfica e histórica a la que perteneció Mozart. Puede ser más atinado, sin embargo, hablar de Austria, porque esta era, por sustancia y por vocación, cosmopolita: en aquella época, su imperio incluía Italia, reina de la música, y uno de los méritos de Mozart fue unir la inspiración italiana y la germánica en esa música universal que lleva su nombre.

Los Mozart eran de Augsburgo, hoy Alemania, una ciudad libre, administrada por sus burgueses, pero perteneciente al Sacro Imperio Romano Germánico, cuyo emperador, designado por nueve príncipes electores, reinaba sobre cincuenta Estados heterogéneos. Augsburgo estaba subordinada a esa soberanía, como lo estaba Salzburgo, donde luego se radicó y creció la familia Mozart. Unos doscientos kilómetros separaban a las dos ciudades, y sin embargo, en muchos aspectos, eran mundos diferentes: una era una ciudad burguesa (veremos cómo Wolfgang Amadeus sufrió la grosera insolencia de su clase dirigente), y la otra, aristocrática (allí la insolencia era menos grosera, pero peor).

Estas ciudades ilustraban los lados opuestos de un mundo germánico que, en esa primera mitad del siglo, aún no parecía sentir ninguna preocupación sobre su identidad ni una vocación nacional. Con un pie en la metafísica y el otro en el comercio, prosperaba y se arruinaba alternativamente en guerras fratricidas inspiradas en partes desiguales por el interés de los príncipes y la religión de sus súbditos. En efecto, privado o liberado del yugo feudal y sin haber descubierto todavía la pasión nacional, el espíritu colectivo —o todo lo que en el individuo lo generaba o lo nutría— se invertía en la religión. Esta desempeñó un papel protagónico en un mundo germánico al que fragmentó, parceló y finalmente dividió en dos poderes cuyo enfrentamiento se convertiría en el motor de su historia. Augsburgo adquirió una importancia fundamental por sus esfuerzos para superar el divorcio religioso y reducir las guerras fratricidas a casos de conciencia. Por haber alcanzado un gran desarrollo bajo la dominación de su burguesía y especialmente, la de los banqueros y acreedores de los Habsburgo, Fugger y Walser, el emperador Carlos V la eligió como sede para emitir la Declaración de Augsburgo, mediante la cual los luteranos formularon sus puntos de desacuerdo con el papado y definieron su culto. Se preparó así, en 1530, la paz de Augsburgo, que en 1555 trataría de establecer la libertad religiosa. Podemos suponer que ese pasado y su herencia fueron, tanto como la reacción frente a los excesos del arzobispo von Firmian en Salzburgo, una de las fuentes del espíritu de tolerancia que siempre manifestaron los Mozart.

Los Mozart, padre e hijo, vivieron bajo dos reinados: el de María Teresa y el de su hijo José II. La madre, una mujer inflexible y limitada, que debió ceder Silesia a su poderoso vecino protestante Federico II, tuvo dieciséis hijos, de los cuales diez la sobrevivieron.

Católica ferviente, intolerante, debió aceptar, sin embargo, el compromiso masónico de su esposo, el emperador Francisco I. María Teresa desempeñó en la vida de los Mozart un papel ambiguo, a veces favorable y otras, negativo. Al quedar viuda en 1765, compartió el poder con su hijo mayor, el emperador José II, un personaje singular, bastante activo y decidido como para que su nombre definiera su sistema de gobierno: el josefismo.

Hijo de la Ilustración, José fue un gran lector de los filósofos y amigo de algunos de ellos. Al llegar al poder, quiso ser un ejemplo de déspota ilustrado y trató de poner en práctica las ideas de esos pensadores. Empezó por liberarse de la tutela de Roma y promover la tolerancia religiosa. Siempre fue católico —como sus súbditos, los Mozart—, aunque al parecer, frecuentó, como su padre, alguna logia masónica. En aquellas décadas, si bien la fe permanecía inalterable, la religión se había convertido en una cuestión de familia o un asunto de Estado. Más que por las ideas de la Ilustración, la tolerancia religiosa promovida por José estaba inspirada y guiada por la política. El principio *Cujus regio, ejus religio* (“a tal rey, tal religión”) que había puesto fin a las Guerras de Religión, amenazaba la integridad de un imperio católico en el que había muchos protestantes. El siglo había sido marcado por migraciones que causaban empobrecimiento en hombres, bienes y cultura. El objetivo fundamental de José era defender el número de sus súbditos y las riquezas que poseían: esto era más importante para él que la ortodoxia de la fe que profesaban. Su posición era muy firme en este sentido, sobre todo porque era consciente de los riesgos que corría el Imperio.

Federico de Prusia, su rival, había logrado apoderarse de la rica y populosa Silesia y mantenerse allí, porque encontró en la población protestante de esa provincia austríaca una aliada natural y

segura. Esa conquista, dolorosa para Austria, le daba a Federico un poder que convertía a Prusia en la rival del Imperio para dirigir el mundo germánico. La rivalidad entre sus Estados fue convertida en una rivalidad personal por José, un joven desafortunado en el amor, ya que su esposa, Isabel de Parma, no le correspondía su amor y murió algunos años después de su casamiento, y tan desdichado en sus reformas que eligió como epitafio la siguiente inscripción: “Aquí yace el que fracasó en todas sus empresas”. Quería igualar a Federico y demostrar que sabía aplicar mejor que él la fórmula que había ejemplificado el rey de Prusia: “El príncipe no es el amo de sus súbditos, sino su primer servidor”.

José sirvió a su pueblo lo mejor que pudo. Se ha calculado que, durante su reinado, se promulgaron leyes y edictos a un ritmo de tres por semana. Quiso terminar con el régimen de servidumbre en el Imperio y empezó por eliminar la corvea, es decir, la obligación, que todavía estaba vigente, de trabajar en forma gratuita en las tierras del noble. Favoreció el desarrollo intelectual suprimiendo la censura, trató de unificar la administración e instituyó una burocracia que duró tanto como el Imperio y garantizó su cohesión. Mantuvo un poder absoluto, pero para promulgar reformas racionales y liberales, y asegurar el bienestar popular. El resultado fue una especie de populismo imperial, cuya principal debilidad fue intentar apoyarse en una clase media que aún no existía.

Aunque llegó a competir con Federico en el racionalismo de Estado, también soñaba con igualarlo en el campo de batalla, restablecer su primacía en el mundo germánico y recuperar Silesia. Para eso, necesitaba un gran ejército. Sus reformas, pero sobre todo la reconstrucción del poderío militar del Imperio, costaban caro. Para afrontar esos gastos, José redujo drásticamente el presupuesto de la corte. Los músicos, y en especial Mozart, fueron las víctimas de esa política.

Anna Maria Pertl, la madre que dio a luz a Wolfgang Amadeus, acababa de cumplir treinta y seis años. Ese era su séptimo hijo y sería el último. Cinco habían muerto a corta edad: un drama tan frecuente en esa época que parecía natural. Se lo soportaba con estoicismo. No hay rastros de desgarramiento ni melancolía, ni siquiera un recuerdo en Anna Maria ni en Leopold Mozart, su marido, al menos en la correspondencia que llegó hasta nosotros. Esos mismos duelos, igualmente numerosos, afectarían luego a su hijo Wolfgang, también sin agobiarlo. Ese estoicismo o esa indiferencia pueden sorprender en padres tan afectuosos como los Mozart mayores y aún más en su hijo, uno de los seres más sensibles que haya existido. La explicación puede encontrarse tanto en el estado deplorable de la higiene, por el cual sobrevivía uno de cada tres recién nacidos, como en la fe ciega en Dios, su omnipresencia y su omnipotencia, pero también en la inmortalidad del alma. De ello resulta una concepción de la vida y de la muerte cuyas certezas no se encuentran tan fácilmente en la actualidad. Sin embargo, fue necesaria, ya que ella inspiraría al genio que ese bebé llegaría a ser, y antes que él, a su madre.

Anna Maria Pertl había nacido en una aldea cercana a Salzburgo y era la menor de las tres hijas de Wolfgang Nikolaus Pertl y Eva Altmann. En 1747, Anna Maria se casó con Leopold Mozart en la catedral de Salzburgo. La pareja, constituida seguramente mucho antes de su consagración, fue feliz, como lo atestigua una carta de Leopold escrita el 21 de noviembre de 1772: “Hoy es el aniversario de nuestra boda. Hace veinticinco años tuvimos la buena idea de casarnos. La verdad es que tuvimos esa idea muchos años antes. Pero las cosas buenas requieren tiempo”. El matrimonio se instaló en un apartamento del tercer piso de

un edificio ubicado en el número 9 de la Getreidegasse, perteneciente a un comerciante de la ciudad, Johann Lorenz Hagenauer, que luego sería amigo de la familia. Allí nacieron los siete hijos, de los que sobrevivieron Maria Anna, apodada “Nannerl”, nacida el 30 de julio de 1751, y el último, nacido cinco años más tarde, el 27 de enero de 1756: Wolfgang Amadeus.

Anna Maria pertenecía, como su marido, a una familia de músicos: su padre era magistrado, pero también corista y maestro de canto en la iglesia San Pedro. Anna Maria amaba la música, y supo disfrutarla y juzgarla. Participó en forma activa en las grandes giras familiares y frecuentó a príncipes, cortes e incluso a la emperatriz, con la que habló sobre enfermedades infantiles.

Durante el periplo italiano de Leopold y su hijo, en 1770 y 1771, ella se quedó en Salzburgo con Nannerl. En cambio, en 1777, cuando el arzobispo Colloredo le negó a su vice *Kapellmeister* Leopold Mozart la autorización para ausentarse, fue ella quien debió acompañar a su hijo, a regañadientes y contra la voluntad de un Wolfgang de veinte años, a Mannheim y París. No regresó de ese viaje: falleció el 3 de julio de 1778 en París, donde fue enterrada.

Detrás de la banalidad que le imponía la época y su ambiente, era una mujer misteriosa, cuya vida transcurría, siguiendo las convenciones, entre los paseos, las misas y las tareas domésticas. Le interesaban mucho los cotilleos de Salzburgo y preguntaba sobre ellos cuando debía dejar la ciudad. ¿Horizontes limitados? Seguramente, pero eso no hacía más que responder a los criterios establecidos por una civilización masculina para lograr el éxito personal. La salud de los niños, el humor del marido, los incidentes de la vida cotidiana de su familia y de las de sus amigos le preocupaban más que la renovación de las formas musicales o la solución de las crisis políticas.

Como una mujer sometida al ambiente y a la época, consideraba que era su marido quien debía tomar las decisiones: “Decide tú... Haré lo que quieras”. Como esposa cariñosa, no soportaba estar separada de su marido y, apenas salía de Salzburgo, le escribía que lo echaba de menos y que estaba preocupada: “Ya estoy muy angustiada. Espero que no estés enfermo... Escríbeme pronto”. Tenía, sin embargo, talento para la felicidad y le pedía a su marido, cuyo carácter sombrío conocía muy bien: “No te preocupes y aleja de tu cabeza las ideas tristes. Finalmente todo se arreglará. Tenemos una vida maravillosa”. Sabía ser feliz. Deseaba poder dividirse en dos para estar “también con ustedes en Salzburgo”. Y cuando se trataba de algo que era de su responsabilidad, como la salud de la familia, asumía toda su autoridad para regañar a su marido: “No me gustó tu carta. La tos no me gusta, porque dura demasiado. Ya deberías haberte curado... Por favor, toma...”, etc.

Tampoco había nada demasiado original en el vínculo con su hijo. Como buena madre, desaprobaba las relaciones que él trataba de establecer: “Cuando Wolfgang conoce a una persona, quiere entregarle de inmediato su bien y su sangre”. Fiel a su función, se quejaba de que su hijo no la escuchaba y de que no podía hacerle objeciones. Pero estaba orgullosa de él y encantada con sus éxitos: “¡Aquí Wolfgang es tan famoso y querido que apenas puedo creerlo!”. Por supuesto, se quejaba de que la dejaba sola: “No veo a Wolfgang en todo el día y olvidaré completamente el uso de la palabra”.

Sin embargo, en el estilo de sus cartas, más allá de los temas triviales, se descubre una vitalidad parecida a la que tendría su hijo, que iluminó toda su correspondencia y sin duda, su vida. El tono y el estilo de la madre eran los del hijo. Solían provocarse mutuamente. Él le reprochaba su pereza para escribir. Ella, por su parte,

se quejaba: “Mi hijo siempre prefiere estar con otros y no conmigo”. En las cartas aparecía un cálido afecto con el que ella sabía proteger, como un líquido amniótico, a su hijo y su alegría de vivir contra las exigencias y el carácter difícil del padre. Wolfgang la amaba sinceramente, como lo demuestra la carta que le envió al abate Bullinger, amigo de la familia, para informarle sobre la enfermedad y luego la muerte de su madre. Lo hizo con un tono desgarrador: “Le he rezado con todas mis fuerzas a Dios por la curación de mi querida madre”. Pero el momento de su muerte, fue “como una luz que se apaga”. Escribió además: “Dios me la había dado. También podía llevársela”.

Al leer las cartas de la madre, sorprende su elocuencia, y podemos atribuirle además la ardiente vitalidad de su hijo, pues al parecer de ella heredó Wolfgang su valentía y su salud moral, que nada pudo abatir. Analicemos su rostro demasiado largo al que una nariz demasiado fuerte parecía proyectar hacia adelante, su frente demasiado alta, demasiado lisa o desierta, los ojos pequeños, bien formados, brillantes, pero un poco hacia atrás, como para ocultar la llama o el enigma que le escamoteaban al mundo de los hombres o al entendimiento. Según el retrato de ella que se conserva en el Mozarteum de Salzburgo, pintado en 1770 por Maria Rosa Hagenower, es difícil imaginar que haya formado con su marido (mucho más convincente en ese papel) lo que se describió como la pareja más hermosa de la ciudad. Era una dama rubia, de ojos negros, con un largo cuello de cisne, coronada por un peinado que parecía hecho por un arquitecto, más que por un peluquero. Una dama tal vez excesiva, para no traicionar su temor de no serlo bastante y revelar su origen modesto, aunque era bastante mujer como para saber que dominaba el juego de la vida con la única condición de que no se notara. ¿Marcellina tal vez? Me parece reconocerla en

el sexteto de *Las bodas de Fígaro* o, mejor aún, en el aria vengativa del último acto, “*Il capro e la capretta*” (que a veces se suprime, equivocadamente), que expresa la valentía femenina en su nobleza y su sólida alegría. Excelente esposa, madre excelente. ¡La humanidad tiene que ser ingrata para destacar estos méritos con un dejo de ironía o una mueca de conmiseración, cuando en esta clase de mujeres ha encontrado la especie la santidad moral y física que todavía la sostiene!

El padre era completamente distinto. Así como la madre parecía simple, feliz en su simplicidad y sana en sus límites, Leopold Mozart parecía complejo y torturado. Atormentado por la ambición, guardaba empero dentro de su amargura una auténtica generosidad. Las contradicciones de su carácter explican las que aparecen en las críticas que recibió, no tanto de sus contemporáneos, que, aunque se quejaban de su orgullo y su ironía, lo respetaban, sino de los historiadores, solo por el hecho de ser el padre de su hijo.

Algunos lo vieron como un representante ávido que explotaba a su hijo. No le han perdonado que valuara en cincuenta ducados las pérdidas ocasionadas por la escarlatina de Wolfgang, que casi resultó fatal para el niño. Lo han acusado de poner en riesgo su salud y hasta de haberle acortado la vida con los viajes y las giras que le obligaba a hacer. En su oposición al casamiento del joven, como en sus esfuerzos para conservarlo a su lado y hacerlo regresar a Salzburgo, se ha querido ver la prueba de su egoísmo y su dureza de corazón. Parecía interesarse únicamente por sí mismo, y por su hijo, solo en la medida en que le resultara útil.

A esto puede responderse que Leopold tuvo el insigne mérito de descubrir al genio y formarlo. Lejos de colocarse en el papel de rival, siendo él mismo un músico de valor, movilizó una energía

admirable para desarrollar el talento y los conocimientos del niño, para reconocerlo y hacerlo conocer. Organizó su éxito. Lo hizo famoso en toda Europa. Para dedicarse a esta tarea, olvidó su ambición personal. Leopold aceptó ser el padre y limitarse a ese papel. En las cartas que se conservan de él, abundan las pruebas del amor que sentía por “Wolferl” y las lágrimas que derramaba ante el mérito y los éxitos de su hijo.

La verdad está, seguramente, más que a mitad de camino, en la suma de las opiniones antagónicas. Codicioso, envidioso, egoísta, Leopold fue al mismo tiempo el mejor y el más apasionado de los padres. Al analizarlo, se aprende mucho sobre la grandeza y la miseria de la paternidad. Pocas veces ha sido tan bien ilustrado el papel de padre. ¿Un papel o un destino? Leopold lo asumió mejor que nadie. Supo imponérselo a su hijo. Hasta su muerte, ocurrida solo cuatro años antes que la de Wolfgang, siguió siendo el personaje central de su vida. Fue más importante que ninguna otra persona en la formación y el desarrollo de su psiquis. Porque Leopold fue un padre tan dotado para su papel, Wolfgang sería siempre el hijo. Pero llevó este rol hasta el genio, es decir, de tal modo que todos pueden reconocer en él su vocación filial.

Leopold era un hombre guapo y bien constituido, el hombre más guapo de Salzburgo, según algunos, más alto y más apuesto de lo que llegaría a ser su hijo. En el retrato atribuido a Pietro Antonio Lorenzoni, parece habitado por una suficiencia inquieta y amenazada. La amplia frente concuerda con la inteligencia que se ve en su mirada despectiva: este desprecio también deforma la boca, que muestra un pliegue irónico y le otorga al mentón una autoridad chocante. Predomina la elegancia, aunque está demasiado acentuada para ser natural. Es el retrato de un señor, sin duda, pero de un señor cuyo valor no es reconocido y que, según él supone, nunca

lo será. Su señorío es frágil. En cierto modo se adivina que tiene miedo. No lo protegen ni su inteligencia, de la que está seguro, ni su demostrada sapiencia, ni su habilidad y su evidente energía, ni siquiera la elegancia de la que hace ostentación y que demuestra su buena posición económica. En cualquier momento, ese señor modelo puede volver a convertirse en un criado.

Esa fragilidad y esa inquietud eran personales. Pero también correspondían a una época, que Leopold ejemplificaba y cuyo espíritu sería comprendido y expresado por su hijo. En esas conciencias cuyo proyecto íntimo convirtió la búsqueda de la salvación en la lucha por el éxito, se anunciaba Fígaro. El barbero de Sevilla, mucho más que el filósofo, se convirtió en el personaje central del siglo, al menos en el sentido de que muchos más contemporáneos se sintieron identificados con él o le sirvieron como modelo. Leopold, nacido en 1719, tenía solo diez años más que Beaumarchais, es decir, que el barbero de Sevilla. El apellido que heredó, Mozart, y que su hijo haría famoso, significa “hombre del musgo”, es decir, el que habita en las regiones húmedas donde esa planta prospera. Los Mozart habían sido campesinos, mercenarios, albañiles. El padre de Leopold, Johann Georg, era encuadernador, y su madre, Anna Maria Salzer, hija de un tejedor. Perteneía a esa pequeña burguesía que conservaba su independencia siempre que renunciara a toda ambición social. En su libro sobre Mozart, Jean y Brigitte Massin citan un anuncio aparecido en aquella época en Viena, en el que se pedía para una gran residencia un lacayo que tocara bien el violín y pudiera acompañar sonatas de piano difíciles. Leopold sería uno de ellos.

Se sabe poco de su infancia. Hijo mayor, solo recordaría más tarde que había debido apelar a la hipocresía desde su más temprana edad. Su padrino, canónigo de la catedral de Augsburgo, que

supo descubrir la inteligencia de su ahijado y sus dones, se ocupó de su educación musical en los coros locales y de su formación intelectual, especialmente en Griego, Latín, Lógica y Teología, en el colegio benedictino de St. Ulrich. El niño adivinó que su padrino esperaba convertirlo en sacerdote, y que a ese proyecto le debía sus favores y el privilegio de tener una formación que consideraba valiosa y que despertó su ambición. Pero su espíritu rebelde rechazaba la disciplina del sacerdocio. Entonces decidió engañar a su padrino y, en sus recuerdos, se jactó de ello: “Solo para sobrevivir, debí emplear más ciencia e ingenio que los que se emplearon en cien años para gobernar todas las Españas”.

Cuando tenía dieciséis años, murió su padre. Leopold abandonó el colegio y Augsburg, y se inscribió en la Universidad de Salzburgo, de la que dependía St. Ulrich. Allí mostró una conducta singular. Se supuso que su rechazo al sacerdocio había llevado al padrino y a la familia a cortarle los víveres, y que, por eso, se habría visto forzado a abandonar la universidad. Pero en realidad, el ambicioso joven fue expulsado de esa casa de estudios en 1739 por ausentismo. Solo había asistido tres veces en un semestre. ¡Esta circunstancia se oponía a su ambición! En 1740, consiguió un puesto de ayuda de cámara y violinista en la mansión del conde de Thurn, canónigo de la catedral de Salzburgo. Al año siguiente, le dedicó seis sonatas a ese “sol paternal” que lo había salvado de las “tinieblas de la necesidad”.

La muerte prematura de Johann Georg Mozart dejó a la familia de Leopold en una situación crítica: una viuda y cinco huérfanos, el más pequeño de los cuales aún no tenía ocho años. Lejos de disputar el papel de jefe de familia que le correspondía, Leopold les dejó a su madre y a su hermano menor la tarea de salvar el negocio familiar: él permaneció en Salzburgo, donde, en 1743, entró como cuarto violinista a la orquesta de la corte del

príncipe-arzobispo. Sin embargo, quería mantener sus vínculos con su ciudad natal y, el 12 de diciembre de 1747, presentó ante el Consejo de Augsburgo una solicitud para conservar su ciudadanía que, debido a su prolongada ausencia, temía perder. Su solicitud era un conjunto de declaraciones falsas, más sorprendentes aún por innecesarias. Leopold declaró que su padre vivía, cuando había muerto hacía más de diez años; que había terminado sus estudios, cuando lo habían expulsado de la universidad; que se casaría con una rica heredera, cuando acababa de casarse con una mujer sin dote un mes atrás. Sin embargo, fue aceptado.

Tuvo más dificultades con su madre. Ella se negó a entregarle como adelanto de herencia la cantidad de dinero que les había dado a sus otros hijos cuando se casaron: eran 350 florines, que equivalían al salario anual de Leopold en esa época. Este trató de conseguir que le diera esa suma, que a su juicio le correspondía, con el pretexto de que la necesitaba para publicar su *Ensayo sobre un método fundamental de violín* (que lo haría famoso), aunque en realidad, esos gastos ya estaban cubiertos. Cuando comprendió que no lo lograría, rompió toda relación con su madre. El musicólogo Maynard Solomon cree leer en la difícil relación de Leopold con su hijo cuando este llegó a la madurez, una imagen invertida de la que Leopold tuvo con su madre, a quien nunca volvió a ver. Él le haría reproches a su hijo, que su madre podía haberle hecho a él, con mucha más razón, por su abandono material y moral. Pero en cambio, el joven Leopold restableció su vínculo con su hermano menor Franz Aloys, cuya hija sería luego la “Primita” que se hizo famosa por las cartas lujuriosas de su primo Wolfgang.

Se han citado algunos ejemplos de la conducta incoherente de Leopold para ilustrar su carácter que se consideraba difícil, sobre todo porque vivía en una época en la que el éxito se había

convertido en una necesidad social aunque a veces no fuera una posibilidad práctica. La amargura que le causaban a Leopold Mozart los privilegios de los hombres sin valor, prefiguró la de Fígaro, sin metamorfosearse en una rebelión. Un ejemplo de su cólera reprimida e impotente contra el orden establecido fue un incidente dramático que se produjo en 1753. Leopold fue citado por el tribunal de Salzburgo, acusado de haber publicado textos calumniosos contra dos ciudadanos eminentes de la ciudad. Rompieron su panfleto en público. El culpable podía elegir entre disculparse o ir a prisión. Tuvo el buen tino de elegir las disculpas. Es decir, la humillación. El misterio del libelo nunca se aclaró. Puso en peligro la reputación de Leopold y su carrera. Corrió el riesgo de ser expulsado. ¿Por qué?

No hay respuesta. Allí está el secreto de una personalidad. Constituye su densidad, su opacidad. Pero cualquiera haya sido la perturbadora originalidad de ese hombre tan generoso y tan ambicioso, tan amargo y tan dispuesto a los entusiasmos infantiles, tan rebelde y habitado por una religiosidad conformista y un respeto por las costumbres más convencionales, tan indignado ante los privilegios, pero tan deseoso de frecuentar a los privilegiados y ávido de relacionarse con la alta sociedad, hay que reconocer que fue un verdadero padre. Al hijo, el padre seguramente le parecía una persona amarga. Fue lo que él vivió. ¿Frustrado? ¿Qué hombre de edad madura realizó todas sus ambiciones? ¿Habitado o tentado por la mentira? ¿Quién puede sobrevivir sin haber cedido a algún arreglo? Pero ahora debemos conocer sus méritos.

Eran grandes. Sus estudios lo habían convertido en un “músico instruido”, algo que nunca sería su genial hijo. Su interés por la pintura y la arquitectura, sus viajes y el provecho que sacó de ellos le otorgaron una superioridad intelectual que se imponía a

sus colegas. Le dieron también una suficiencia que estos encontraban insoportable: una falsa seguridad, opiniones agresivas. Era misántropo: todos los hombres eran unos sinvergüenzas, todos sus colegas eran borrachos y su propio amo era un tirano. Pero, a su hijo, esa superioridad o suficiencia le daba tranquilidad y le permitía alejar de su conciencia sus intuiciones sobre los defectos y las debilidades del padre.

Leopold siempre fue un músico honorable que, según Alfred Einstein, ganó, gracias a su tratado sobre la enseñanza del violín, “un pequeño lugar en la historia de la música”. Fue dos veces el padre de un genio: lo engendró y lo formó. Wolfgang nunca tuvo otro maestro ni otra escuela. Leopold lo hizo conocer en su tiempo. Se lo hizo conocer a la posteridad por sus cartas, y le debemos a su correspondencia una parte fundamental de la imagen que conservamos de su hijo. Completa la del padre. Nombrado compositor de la corte, Leopold tenía la esperanza de suceder al maestro de capilla salzburgués Johann Eberlin, pero al morir este, prefirieron a otro: él debió conformarse con el título, la función y el trato de vicemaestro de capilla. Su propio desarrollo musical se vio obstaculizado, para citar nuevamente a Alfred Einstein, porque correspondía “a las décadas difíciles en las que el carácter elegíaco y la nobleza del viejo estilo clásico, como se los encuentra representados por Corelli, Bach, Haendel, Vivaldi, se habían esclerosado, por decirlo así, y empezaba a imponerse el nuevo estilo ‘galante’”.

Leopold nunca pudo encontrar el justo equilibrio entre las dos tendencias. Lo que le fue negado al padre, le sería concedido al hijo.